
PRIMERA PARTE.

LA REFORMA RELIGIOSA.

CAPITULO I.

EL CATOLICISMO EN LA EDAD MEDIA.

§ I. — El catolicismo y el cristianismo.

La Reforma es un regreso al Evangelio, que habia sido abandonado ó alterado por el catolicismo. Tal es, á los ojos de los protestantes, la justificacion de la revolucion religiosa del siglo xvi: el cristianismo verdadero, fundado por la Escritura, reemplaza al cristianismo corrompido, llamado catolicismo. Imagínese un cristiano de los tiempos evangélicos trasportado al siglo xv, dicen los protestantes; apénas reconoceria la *buena nueva* en esa religion que, sin embargo, sigue llevando el nombre de Cristo. Acostumbrado á alimentarse con la palabra del Señor, preguntaria en vano qué se ha hecho la Escritura que la ha recogido; se le responderia que ha sido prohibida su lectura, como podria prohibirse la lectura de un libro malo; la palabra de vida ha llegado á ser privilegio de una especie de casta que se denomina de los elegidos de Dios, los *clérigos*, en contraposicion á la masa de los fieles, que forman la turba ignorante de los láicos. El clero por sí solo constituye la Iglesia, y se interpone entre Dios y el hombre como un

mediador, mientras que Jesucristo predicaba que no había más mediador que el Hijo de Dios. Este cristiano primitivo, prosiguen los protestantes, marcharía de sorpresa en sorpresa si examinase la organización de la Iglesia católica. Siguiendo á la Escritura, cree que la Iglesia no tiene más jefe que Cristo; sin embargo, el Papa se llama jefe de la Iglesia por derecho divino; el Vicario de Dios reivindica el poder espiritual y el poder temporal, como para desmentir á Jesucristo, que decía que su reino no era de este mundo. Si el cristiano primitivo preguntase en qué título se funda la Iglesia para reclamar ese poder espiritual, le sorprendería grandemente el saber que la inmensa mayoría de los fieles no aspira á la perfección cristiana, y que dejan este cuidado á los clérigos, y especialmente á los frailes. El nombre de *fraile* es desconocido para él; no sabe nada de votos, ni de celibato, ni de mortificaciones. Se entera, sin embargo, con alegría de que los solitarios han renunciado al mundo para seguir á Jesucristo; pero, si visita uno de esos monasterios en que se practican los consejos del Evangelio, su sorpresa se cambiará en indignación ó en tristeza profunda: creerá hacer demasiado honor á esos que se llaman *religiosos* por excelencia, comparándolos con los Fariseos, á quienes el Salvador lanzaba sus maldiciones. La sociedad cristiana entera parecerá al cristiano evangélico una imagen de la secta de los Escribas; porque el cristianismo se ha convertido en una ley recargada de invenciones humanas, con desprecio de las palabras de Cristo y de sus Apóstoles. En las ceremonias que componen la esencia de la religión llamada católica ve renacer, por un lado una superstición judaica, por otro prácticas paganas. En lugar del culto de un solo Dios, advierte con horror la restauración del politeísmo en mil y una divinidades, adoradas por el pueblo bajo el nombre de santos. En este cúmulo de supersticiones el cristiano no puede hallar rastro de la predicación evangélica. Aun lo que el catolicismo ha tomado del Evangelio, lo desnaturaliza; el bautismo y la eucaristía no tienen ya nada de espiritual; diríase que la Iglesia los ha convertido en sacramentos con él único objeto de realzar el prestigio de los sacerdotes que presiden á esas operaciones mágicas. Por lo demás, nada más fácil que ganar el reino de los cielos que Jesucristo ha prometido á sus discípulos á costa

de los más rudos sacrificios; ya no se trata de abandonarlo todo y tomar su cruz para seguir al Hijo del Hombre; el cristiano encuentra en cada esquina de la calle delegados del Vicario de Dios, que piden á los fieles echen una moneda en un cepillo; por unos cuantos dineros le prometen la remisión de sus pecados, y aun la salvación de las almas que ya han sido juzgadas. El cristiano evangélico acabará por preguntarse, ¿para qué ha venido Jesucristo á este mundo? ¿Habrá sido para añadir nuevas supersticiones á las supersticiones del paganismo?

Hé aquí lo que decían los primeros protestantes respecto de las relaciones del catolicismo y del cristianismo; hé aquí lo que repiten hoy aún los apologistas de la Reforma (1). Imputan la corrupción del cristianismo á la Iglesia, á su ambición, á su codicia, á su ignorancia; en una palabra, á las malas pasiones del hombre, que han alterado la pureza divina del Evangelio. La apreciación de los protestantes nos parece injusta, y aun resulta contraria á la Reforma. Si no separa á los católicos y á los protestantes nada más que los abusos de la Iglesia, no hay más que corregir esos abusos para restablecer la unión, y el cisma, como hace observar *Bossuet*, no tiene ya razón de ser. A decir verdad, el catolicismo no es una alteración de la doctrina cristiana; es su desarrollo legítimo. No quiere esto decir que la religión de la Edad Media sea la pura expresión del Evangelio; las circunstancias históricas, bajo cuya influencia se ha desarrollado el cristianismo, lo han transformado: tal es la ley eterna que rige las cosas humanas, así la religión como las demás manifestaciones del espíritu humano. Pero si los hechos han modificado la doctrina evangélica, no la han falseado en su esencia. El principio de las supersticiones está en el cristianismo primitivo; si este germen ha tomado considerable incremento bajo el imperio del paganismo de Roma y de la barbarie de los Germanos, esto no impide que el cristianismo sea responsable de esas supersticiones, porque él ha dado el ejemplo, y las ha santificado, por decirlo así, con su autoridad divina.

(1) FLACIUS, *Catalogus Testium veritatis*, p. 7-11, 33-51, 62-67. — FLATHE, *Geschichte der Vorläufer der Reformation*, t. I, p. 2 y sig.

Los protestantes censuran al catolicismo su concepto de la Divinidad, la exaltación de la Virgen, el culto de los santos. Respondemos que el germen del mal está en las Sagradas Escrituras. La Edad Media no desdeña la Escritura tanto como dicen los protestantes; no hay, por decirlo así, ni una sola de sus creencias supersticiosas que no justifique con la Biblia. La adivinación por medio de los sueños, de los augurios, de las suertes, nos parece hoy paganismo puro; sin embargo, *San Gregorio* y *Santo Tomás* legitiman esas groseras prácticas con la autoridad de los libros santos (1). La idea que la Edad Media se formaba de Dios recuerda también el paganismo, porque materializa la noción del Sér Supremo. La Escritura favorecía estos errores; no hablamos del Antiguo Testamento, sino del Evangelio; las formas no son las de la Edad Media, pero en el fondo la alteración de la idea de la Divinidad es la misma. Dios habla á los hombres por medio de los ángeles; *San Gregorio* toma estas conversaciones al pié de la letra (2); lo mismo sucede cuando se abren los cielos y el Espíritu Santo baja en forma de paloma á posarse sobre Jesucristo; lo mismo sucede cuando el Espíritu Santo viene á inspirar á los Apóstoles bajo la forma de lenguas de fuego (3). Los ángeles desempeñan gran papel en el Evangelio. El ángel Gabriel anuncia á Zacarías que su mujer, aunque ya entrada en años, parirá un hijo, á quien asistirá el Espíritu Santo desde el vientre de su madre: como el viejo Zacarías dudase, el ángel repuso: «Yo soy Gabriel, que asisto al trono de Dios, y he sido enviado para

(1) SAN GREGORIO (*Moralia*, t. I, p. 262) dice que hay sueños que provienen del demonio; hay otros que provienen de Dios: éstas son las revelaciones. Cita el *Eclesiástico*, XXXIV, 7; el *Levitico*, XIX, 26; el *Génesis*, XXXVII, 7, y *San Mateo*, II, 13, 14. Compárese á SANTO TOMÁS, *Secunda Secunda*, *Quæst.* 95, artículo 6.—El *Ángel de la Escuela* enseña que bajo ciertas condiciones se puede consultar licitamente las suertes; se funda en SALOMÓN y SAN AGUSTÍN (*Secunda Secunda*, *Quæst.* 85, art. 8; de *Sortibus*, c. 5).—Dios, dice SAN GREGORIO (*Moralia*, XXVIII, 7, 8) se manifiesta algunas veces á los hombres por el intermedio de los animales ó de las cosas: ejemplo, la burra de Balaam (*Números*, XXII, 28) y el fuego del monte Sinaí (*Exodo* III, 2). SANTO TOMÁS enseña también que los animales obran á veces por inspiración divina (*Secunda Secunda*, *Quæst.* 95, art. 7).

(2) GREGOR., *Moral.*, XXVIII, 4.

(3) SAN MATEO, III, 6; SAN MÁRCOS, I, 10.—*Hechos de los Apóstoles*, II, 2.

anunciarte estas cosas.» El mismo ángel Gabriel es enviado á la Santa Virgen para decirle que «descenderá á ella el Espíritu Santo, que la virtud del Altísimo la cubrirá con su sombra, y que el fruto que de ella ha de nacer será llamado el Hijo de Dios» (1). Un ángel se aparece á José en sueños, y le dice que María lleva en su seno el fruto del Espíritu Santo. Por último, un ángel participa á los pastores que les ha nacido un Salvador, que es Cristo, y al mismo tiempo un coro de la milicia celeste canta las alabanzas de Dios (2).

Los protestantes censuran á los católicos el culto que tributan á la Virgen y á los santos. No reflexionan que la glorificación de la Virgen es una consecuencia lógica de la Encarnación; si realmente una mujer es la Madre de Dios, ¿cómo no exaltarla sobre todas las criaturas? En cuanto á los santos, ¿no tienen su tipo en personajes evangélicos, San Juan Bautista y los Apóstoles? Los protestantes son más reservados, y no les falta motivo, respecto de un error mucho más grosero y mucho más maléfico. En la Edad Media el diablo participa del poder de Jesucristo; ¿por qué se callan los protestantes respecto de una superstición que conduce lógicamente á la creencia en los poseídos y en brujas? Es en este punto tan explícito el Evangelio, que no hay medio de acusar al catolicismo sin acusar al Salvador mismo. ¿Dónde se ha dicho que Satanás es el príncipe de este mundo? En el Evangelio, según el cual el diablo se atrevió á tentar al Hijo de Dios, diciéndole: *Yo te daré todo el poder y toda la gloria de estos reinos, porque me han sido entregados, y yo los doy á quien quiero* (3). ¿Dónde se ha dicho que los demonios entran en el cuerpo de los hombres, y áun de los animales? En el Evangelio, que en cada página presenta historias de poseídos (4). La doctrina de Jesucristo se propaga merced al imperio que ejerce sobre los espíritus inmundos. Los espectadores de aquellos exorcismos, dicen los Evangelistas asombrados, se preguntaban mutuamente: ¿Quién

(1) SAN LÚCAS, I, 11-20, 26-38.

(2) SAN MATEO, I, 20.—SAN LÚCAS, II, 8-15.

(3) SAN LÚCAS, IV, 2-6.—SAN MATEO, IV, 1-11.

(4) SAN MATEO, IV, 24; VIII, 16, 27-32.—SAN MÁRCOS, V, 2-16; IX, 16-28.—SAN LÚCAS, VIII, 27-33; IX, 37-44.

es ésta? ¿Qué doctrina nueva es ésta? Porque manda con poder áun á los espíritus inmundos, y éstos le obedecen (1). Jesucristo pasa su vida lanzando demonios, y da á sus discípulos el mismo poder (2). Es tan cierto que todas estas supersticiones son de la esencia del cristianismo, que los reformadores no se atrevieron á rechazarlas; ¿qué digo? Lutero exige más credulidad que los católicos. Los protestantes se negaron á creer en los santos; pero la razón no salió ganando gran cosa, porque, dice un filósofo alemán, reemplazaron los santos con los demonios (3). ¿Habrá necesidad de hablar de los milagros en que tienen que creer los protestantes, áun los más avanzados, si quieren seguir siendo cristianos? ¿Habrá que hablar de la creencia en el fin del mundo, que tanta influencia ha ejercido sobre el cristianismo primitivo, que ha asustado á la Edad Media y que desde entónces parece haber pasado al campo de la Reforma?

No es, pues, el catolicismo quien ha inventado las supersticiones que con razón se le pueden echar en cara; éstas se remontan hasta el Evangelio, hasta el autor mismo de la religión cristiana. Estas supersticiones justifican el movimiento anticristiano que se produce en la Edad Media; porque para emanciparse de las creencias que deshonran al espíritu humano, era necesario rechazar la religión que las autoriza; justifican la Reforma en cuanto es un paso fuera del cristianismo tradicional. Hé aquí por qué insistimos sobre el catolicismo de la Edad Media. No hay estudio más útil para los progresos de la humanidad; prueba que una religión que se dice revelada está plagada de errores groseros; luego la revelación es una quimera, y la religión sufre la condición de todas las cosas humanas. Si los católicos rechazan la herencia supersticiosa de lo pasado, tienen que renunciar al mismo tiempo á su orgullosa pretensión de inmutabilidad, y admitir el dogma del progreso en el terreno religioso; pero áun en este caso el cristianismo deja de ser una religión revelada y se convierte en una religión progresiva.

(1) SAN MÁRCOS, I, 23-27.—SAN LÚCAS, IV, 33-36.

(2) SAN MÁRCOS, I, 39; III, 15.—SAN MATEO, X, 1.—SAN LÚCAS, IX, 1.

(3) MEINERS, *Vergleichung der Sitten des Mittelalters*, t. III, p. 325.

§ II. — Dios y el Diablo.

N.º 1. — Dios y los Angeles.

La teología cristiana se funda en la noción de la Trinidad. La Trinidad es un misterio; sin embargo, se ha tratado de explicarlo y se le ha encontrado un sentido filosófico. Hemos dicho en otra parte (1) que lo que domina en la Trinidad cristiana es la divinidad de Cristo; se ha admitido el Verbo, porque el Verbo se hizo carne, ó, para hablar un lenguaje más inteligible, se inventó el misterio de la Trinidad, á fin de disimular una idea que parece reproducir la idolatría pagana, porque en el estado del mundo en que el cristianismo tenía que llenar su misión, era necesario un Dios que hubiese vivido en medio de los hombres, á semejanza de los dioses del paganismo. Pero la realidad pudo más que el misterio; Jesucristo fué el único Dios de los cristianos; las otras dos personas de la Trinidad no pasaron á la conciencia general.

¿Qué idea se formaba la Edad Media de un Dios-Hombre? El feudalismo era esencialmente guerrero; necesitaba un Dios guerrero: Jesucristo se trasformó en barón, en señor soberano. La gran ocupación de la nobleza feudal son los torneos y la guerra; Jesucristo monta á caballo para combatir al Antecristo. Un monje de la abadía de *San German de los Prados* ha cantado las hazañas de este célebre torneo (2). La Virgen asiste al combate vestida con un ropaje tan resplandeciente como el sol y teniendo á sus piés la luna. El ejército del Antecristo se compone de los dioses del paganismo, Júpiter, Saturno, el esforzado Apolo, Mercurio. El éxito de la lucha no podía ser dudoso; Jesucristo triunfa.

Los hombres trasportan siempre á su concepción de las cosas divinas el ideal de la existencia terrestre. Nada más interesante

(1) *Estudios sobre el Cristianismo*.

(2) HUON DE MERI, el torneo de Cristo (*Historia literaria de la Francia*, t. XVIII, p. 800-805).